

LA INVENCION DE LA TRADICION Y LA CONSTRUCCION SIMBOLICA DE LA NACION VENEZOLANA

(Del Estado protonacional a la Revolución Bolivariana: el advenimiento de una práctica iconoclasta, caso: Mario Briceño Iragorry)

*Mora García, J. Pascual**

Universidad de Los Andes-Táchira
Venezuela

Introducción

Hace algún tiempo venimos pensando y repensando en nuestros escritos el problema del tiempo presente, como señala Paul Ricoeur: a saber: “La historia de lo contemporáneo, llamada también historia del tiempo presente, constituye un notable observatorio para evaluar las dificultades que surgen entre la interpretación y la búsqueda de la verdad en historia.” (Ricoeur, 2002:445) Es necesario que el intelectual que vive en el silencio de las paredes de nuestra universidad y en el rancio aire de nuestras academias hagan mayor presencia en la autoconciencia de los tiempos que vivimos.

Nuestro trabajo obedece a una línea de investigación que adelantamos al interno del Grupo de Investigación de Historia de la Educación y Representaciones (HEDURE-ULA-Táchira). Hoy nos atrevemos a señalar que si no utilizamos con racionalidad el símbolo de la venezolaneidad, nos convertiremos en los protagonistas de **la Tercera Muerte de Bolívar**. Quizá la más dolorosa, más fuerte que la física y más sentida que la económica. La muerte del

símbolo es más profunda que la muerte física, pues ésta, al fin y al cabo, es una realidad que padece el existente; que como el agua para poder purificarse tiene que subir al cielo. El haber expuesto a Bolívar al “manoseo” público, y al utilizarlo para profanar la dignidad humana en su nombre, estamos destruyendo a Bolívar como el símbolo de la venezolaneidad. Bolívar es el símbolo de todos los venezolanos y no el de un sector de la población. Las Cruzadas y la Inquisición fueron movimientos de intolerancia religiosa que lamentamos; esperemos que en nuestro tiempo las organizaciones que se precien de llevar el nombre de Bolívar no lo utilicen como Cruzadas Bolivarianas, y menos, como Tribunales de Inquisición Bolivarianos. A menudo encuentro expresiones de venezolanos que me han manifestado: “me han matado mi Bolívar” para significar que, por haberse utilizado indiscriminadamente para otros fines, su nombre ya no significa lo mismo.”

Desde entonces hemos presentado varias ponencias y artículos relativos al tema. Si me lo permiten me voy a permitir

*Profesor-investigador de la Universidad de Los Andes. Conferencia dictada en el Seminario: *De Antonio Nicolás Briceño a Mario Briceño-Iragorry: Construcción de la Memoria Histórica*, celebrada el 22 de Octubre de 2009 en la Universidad de Los Andes-Núcleo Trujillo. El texto fue solicitado, arbitrado y aceptado para este Seminario. E-mail: pascualmoraster@gmail.com

recordar algunas porque son precedentes fundamentales al tema que hoy tratamos. En el año 2005, denunciamos en el Congreso de Culturas Silenciadas en Alcalá de Henares la destrucción la joya de la memoria más importante del Táchira. Como paradoja que en el año cuatricentenario de la publicación de la primera parte del Quijote se produjo el bibliocidio mayor, de la única pieza escrita en su lengua vernácula que conservábamos en la región andina tachirense desde el siglo XVII, el Libro Becerro de La Grita (1657-1829), que se encuentra formando parte del Archivo Histórico de La Grita, Tomo VII, legajo único.

El Libro Becerro de La Grita:

(...) es una reunión de manuscritos cosidos que suman aproximadamente 260 folios de papel y tinta, con cubierta de tela muy gastada por el tiempo (...) Este Libro Becerro que como material documental es de inestimable valor para la reconstrucción y comprensión histórico-social en general, y en particular, para la demarcación político-territorial y el estudio de la formación de la propiedad agraria -privada y pública -en la ciudad de La Grita, en el municipio Jáuregui y en toda la zona norte del estado Táchira.” (Lugo, 1997: XXI-XXII)

El Archivo Histórico de La Grita reposa desde 1947 en el Registro Civil de San Cristóbal, que fue el lugar donde se perpetró el bibliocidio.

Sin duda podemos decir que fue destruido, en parte, el libro arquetipal de la cultura gritense, y base documental fundamental para entender la evolución político territorial de la cultura tachirense; “todas las características sitúan al Libro Becerro en el estrato de las grandes representaciones colectivas, lo convierten en un monumento histórico: por eso es el Gran Libro de La Grita.” (Lugo:1997: XXIII). Porque fue la Gobernación de La Grita y Cáceres el primer antecedente de dominio jurídico-administrativo, en la colonia, del espacio geohistórico creado como Provincia del Táchira en 1856. Hoy

debemos confesar que el Santo Oficio de la Inquisición no ha muerto en el Estado Táchira, República Bolivariana de Venezuela, simplemente somos más certeros, y hemos especializado la pira; ahora no los quemamos sino que mancillamos su textura y aroma con revestimientos de polietileno.

Lo propio sucedió cuando se defenestró la estatua de Cristóbal Colón, en la Plaza Colón en Caracas-Venezuela. En su momento critique esa conducta mnemocida, porque allí se manifiesta la lucha permanente del oficio del investigador por la memoria historia. Ese acto lo califique como el REGRESO DEL TIEMPO DE LAS TRIBUS. El tiempo de las tribus al que nos referimos es al actual. Sí, justamente así lo bautizo el sociólogo francés Michel Maffesoli (1990) cuando escribió EL TIEMPO DE LAS TRIBUS, afirmando que “a diferencia del proletariado o de otras clases, la masa, o el pueblo, no responde a una lógica de identidad; sin objetivo preciso, no es el sujeto de una historia.” Y eso fue lo que demostramos ser los venezolanos el 12 de octubre del año 2004 al derribar la estatua de Cristóbal Colón. Que sea el símbolo del Descubrimiento o del Encuentro de Dos Mundos, es un problema de interpretaciones no siempre bendecidas por la neutralidad ideológica. Lo cierto es que Cristóbal Colón forma parte de nuestras representaciones como pueblo. Somos un pueblo mestizo, pluricultural, y cosmopolita. Por alguna razón, Venezuela es el país más cosmopolita de América Latina. Con esas actitudes demostramos tener una cultura de ghettos, impregnada de fundamentalismos políticos y religiosos tan ajena a nuestra historia nacional. Los venezolanos siempre fuimos solidarios, hospitalarios, y benevolentes con el extranjero. Siempre fuimos esa Tierra de Gracia que acogió al recién llegado, pero hemos dejado despertar en las oscuridades del inconsciente colectivo a TANATOS: el instinto de muerte y destrucción; y ahora nos la avemos con hordas desenfrenadas que claman sangre y revanchismos históricamente superados. Hemos confirmado una vez más la hipótesis que vaticinara sobre nuestro destino como pueblo el gran Mario Briceño Iragorry,

cuando nos en la HORA UNDÉCIMA que parecíamos ser un pueblo en el que no tenemos primer piso, una cultura montada al aire.

Otro tanto acontece con la manipulación del símbolo de la venezolaneidad, y que he calificado como LA TERCERA MUERTE DE BOLÍVAR. Hoy nos atrevemos a señalar que si no utilizamos con racionalidad el símbolo de la venezolaneidad, nos convertiremos en los protagonistas de la Tercera Muerte de Bolívar. Quizá la más dolorosa, más fuerte que la física y más sentida que la económica. La muerte del símbolo es más profunda que la muerte física, al fin y al cabo, es una realidad que padece el existente; que como el agua para poder purificarse tiene que subir al cielo. Pero el haber expuesto a Bolívar al “manoseo” público, y al utilizarlo para profanar la mentalidad venezolana en su nombre, estamos destruyendo a Bolívar como el símbolo de la venezolaneidad. Bolívar es el símbolo de todos los venezolanos y no el de un sector de la población.

A partir de la nueva Ley de Símbolos Patrios (2006) en Venezuela se modificó la Bandera y el Escudo, y la discusión se orientó hacia la nueva organización semiótica de los mismos pero descuidamos el problema de fondo; cual es, el problema de la refundación de la nación. Y se hizo con el prejuicio de que se estaba devolviendo el poder al pueblo, y que se trataba de una expresión popular en aras de una nueva refundación de la nación. Cuando bien sabemos que se discutió en cenáculos y se aprobó en forma complaciente. Nuevamente no fueron consultados los centros y grupos de investigación de las universidades, ni las academias ni los centros de historia.

Recientemente el Concejo Municipal e La Grita, en el Estado Táchira, hizo un decreto y alteró los símbolos de la Plaza que llevaba el epónimo del fundador: don Francisco de Cáceres. Son manifestaciones recurrentes que trastocan lo más sagrado de los pueblos: el imaginario simbólico.

En momentos en que algunas tendencias amenazan con destruir la memoria colectiva para insertarnos en una historia trasnochada y decimonónica es conveniente que los hombres de libre pensamiento le recordemos a los sepultureros de la historia que “la incompreensión del presente nace fatalmente de la ignorancia del pasado. Pero no es, quizás, menos vano esforzarse por comprender el pasado si no se sabe nada del presente”. (Bloch, M. (1986) Apología de la Historia o el Oficio de Historiador., p. 78.)

En este orden de ideas Mario Briceño Iragorry al señalar:

(...) creo haber escrito en alguna oportunidad que Venezuela, pese a su historia portentosa, resulta desde ciertos ángulos un pueblo anti-histórico, por cuanto nuestra gente no ha logrado asimilar su propia historia en forma tal que pueda hablarse de vivencias nacionales, uniformes y creadoras.” (Briceño Iragorry, 1951:32-33)

1. LA INVENCIÓN DE LA TRADICIÓN Y LA CONSTRUCCIÓN SIMBÓLICA DE LA NACIÓN.

Eric Hobsbawm ha señalado que el liberalismo, durante el siglo XIX, fracasó como ideología, al menos en el sentido de que no pudo proporcionar unos lazos de autoridad y de lealtad sociales como los que había en las sociedades anteriores. Para subsanar este fracaso, el liberalismo hubo de llenar este vacío con «prácticas inventadas». Hobsbawm ha llamado a la creación de tales prácticas la «*invención de la tradición*». Dichas prácticas consistirían, básicamente, en un proceso de ritualización y formalización por referencia al pasado. Siguiendo a este autor, las tradiciones inventadas pueden ser de tres tipos: a) las que establecen o simbolizan cohesión social o pertenencia al grupo, ya sean comunidades reales o artificiales; b) las que establecen o legitiman instituciones, estatus o relaciones de autoridad, y c) las que tienen como principal objetivo la socialización, el inculcar creencias, sistemas de valores o convenciones.

En el siglo XIX el nacionalismo metodológico apeló a la invención de la tradición desarrollada por el liberalismo para revestir el fracaso social sembrado por su ideología personalista, una tradición anclada en un pasado mítico de la nación, en la que ésta apareciera dotada ya de los rasgos de una comunidad política liberal.

El estudio de las tradiciones inventadas tiene, para Hobsbawm, una importancia sobresaliente. A través del mismo podemos ver de qué manera invenciones distintas señalan proyectos políticos distintos o formas radicalmente distintas de entender la nación. El estudio de las tradiciones inventadas proporciona herramientas útiles para que podamos examinar los problemas recientes: el neonacionalismo, la comprensión del Estado-nación de la “revolución bolivariana”, y las verdaderas implicaciones de los cambios en los símbolos nacionales. Sólo así podremos abordar la curiosa paradoja de la *nación moderna venezolana*, de lo contrario seguiremos en discusiones cíclicas y bizantinas que responden más a parcialidades políticas momentáneas.

1.1. LA CONSTRUCCIÓN SIMBÓLICA DE LA NACIÓN.

Dos vertientes entran en disputa por el reacomodo de la construcción simbólica de la Nación; una, la que sostiene que la *intelligentsia criolla*, vale decir, los intelectuales, los académicos y políticos fueron los responsables de la elaboración simbólica y la conformación de un utillaje mental que sirvió de base a la idea de Nación durante el siglo XX. Y, otra, la que busca refundar la Nación en los albores del siglo XXI, sobre el argumento de que debe reescribirse la historia patria y los símbolos de la nación porque fue producto de una práctica impuesta por la cultura dominante, con ninguna o escasa participación del pueblo llano.

1.1.1. PRIMERA VERTIENTE.

Esta tesis sostiene que en Venezuela durante el siglo XIX y XX, la *intelligentsia criolla*, vale decir, la élite de los Libertadores, los intelectuales, los académicos y políticos fueron, los responsables de la elaboración simbólica y la conformación de un utillaje mental que sirvió de base a la idea de Nación. Reafirmando así la tesis de que el Estado es el que funda la Nación en Venezuela, y no al contrario.

En este sentido:

(...) mi argumento -dice Luis Ricardo Dávila- es que la independencia venezolana creó condiciones para la formación del Estado republicano-liberal, y éste fue fundando la nación, la unidad de ese vasto y disímil conglomerado llamado Venezuela, proceso contingente e inacabado que aún acota sus posibilidades de consolidación en los inicios del siglo XXI.”¹

La “invención de la tradición” sirvió de base al diseño de los símbolos de la nación y para dar cimiento a la organización de los ritos y conmemoraciones cívicas, la redefinición de los movimientos de masas, la organización de los grupos de poder, la sistematización de la historiografía, la ensayística, la poesía,² e incluso a las obras literarias.³ Por eso el concepto de Nación

1 Dávila, Luis. (2005) “Independencia e insuficiencia en la construcción de la nación venezolana”, en en Colom González, F. *Relatos de Nación. Construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico*. Madrid: Hispanoamericana. tomo I, p. 279 En esta dirección también están los trabajos de HARWICH VALLENILLA, Nikita (1993) “Construcción de una identidad nacional: el discurso historiográfico de Venezuela en el siglo XIX”. Caracas. Montalbán, (26), pp. 58-75.

2 En la poesía el paisaje sirvió de inspiración como hito fundacional de la patria; en ese sentido, recordamos las obras de Bello, Pérez Bonalde, Lazo Martí, y Udón Pérez. Cfr. ZAMBRANO, Gregory (2006) “El paisaje y la palabra creadora: (H) Ojeadas sobre la poesía fundacional” en Nación y Literatura. PACHECO, Carlos. BARRERA LINARES, Luis. GONZÁLEZ STEPHAN, Beatriz. Caracas. Fundación Bigott, BANESCO, Equinoccio. Pp. 201-228

3 El proceso de elaboración histórica de la novela está vinculado a la composición formal de la cultura

trasciende el concepto geográfico, porque es fundamentalmente “una elaboración simbólica que se construye en torno a una interpretación del sentido de la historia de cada país.”⁴

En concreto, a Guzmán Blanco, y a la elite intelectual que lo apuntaló, se le deben los principales símbolos de la Nación: hizo construir la monumental estatua ecuestre en la Plaza Bolívar de Caracas, inaugurándola el 7 de noviembre de 1874, y decretó la construcción de las Plazas Bolívar en los municipios. De su gobierno resaltan también la creación de la moneda moderna (el Bolívar), la instauración del himno nacional (25 de mayo de 1881), el segundo censo nacional, la creación de la Gaceta Oficial, el Antiguo ferrocarril entre Caracas y La Guaira, la fundación de la Academia Venezolana de la Lengua, el servicio telefónico entre Caracas y La Guaira, fomento a la agricultura y a la educación (Decreto de Instrucción Pública y Obligatoria de 1870). Entre las instituciones públicas que consagró contamos: el Panteón Nacional, inaugurado el 28 de octubre de 1875. Los primeros restos que fueron trasladados a ese santuario cívico, fueron los de los próceres Francisco Rodríguez del Toro, José Gregorio Monagas y Fermín Toro. Los restos del Libertador Bolívar fueron trasladados el 28 de octubre de 1877. Igualmente, el Palacio Federal Legislativo, Teatro Municipal, el Parque El Calvario, el Templo Masónico de Caracas, la Basílica de Santa Teresa, la Santa Capilla, la estatua ecuestre del Libertador en la Plaza Bolívar,

heroica, aunque esté revestida del sino trágico. En este sentido destacamos a los representantes de la modernidad literaria: José Gil Fortoul (1861-1943) con su novela Julián (1888); Manuel Díaz Rodríguez (1871-1927) con sus novelas Ídolos Rotos (1901) y Sangre Patricia (1902); Rómulo Gallegos (1884-1969) con sus novelas Reinaldo Solar (1920), La Trepadora (1925), Doña Bárbara (1929), Canaima (1935); y Teresa de la Parra (1889-1936) con su novela Ifigenia (1924) y Las memorias de mamá Blanca (1929). Cfr. BOHORQUEZ, Douglas (2006) “Novela de formación y formación de la novela en los inicios del siglo XX”, en Nación y Literatura. PACHECO, Carlos. BARRERA LINARES, Luis. GONZÁLEZ STEPHAN, Beatriz. Caracas. Fundación Bigott, BANESCO, Equinoccio. Pp. 189-200

4 SUBERCASEAUX, Bernardo. Op. Cit., p. 650

la Plaza El Venezolano así como las fachadas del Palacio de las Academias y el Palacio de la Exhibición, el Palacio Arzobispal de Caracas y la Iglesia de San Francisco, entre otras edificaciones y obras civiles. El 1 de agosto de 1999, luego de haberse cumplido un siglo de su fallecimiento, sus restos fueron llevados al Panteón Nacional.

1.1.2. SEGUNDA VERTIENTE.

El segundo enfoque está vinculado con la emergencia del neonacionalismo. El debate en torno al nacionalismo pareciera que se desempolvara de nuevo en el siglo XXI. Cuando todo parecía que hablaríamos de un mundo sin fronteras, definido por Morin como: Tierra-patria, caracterizado por el discurso hegemónico dominante del poder de la triada: Estados Unidos, Comunidad Económica Europea y Japón; cuando el mundo parecía homogenizarse, de pronto todo da vueltas.

El nuevo tiempo histórico etiquetado como la Globalización, y que mejor lo entenderíamos si lo denomináramos Anglobalización, que parecía como la única lógica posible que apostaba por las fronteras minadas, la economía global, el capital simbólico y los debates nacionales en la esfera supranacional; cuando todo parecía anglobalizarse, una ola de neonacionalismos sacude de nuevo al mundo.

Remito nuevamente mi participación a la experiencia realizada en noviembre (2005) en Fuerteventura, Islas Canarias, donde la Fundación Canaria Manuel Velázquez Cabrera, bajo la coordinación de Felipe Bermúdez convocó a especialistas de Europa y América Latina para desarrollar el tema NACIONALISMO Y GLOBALIZACIÓN (2005-2006). En esa oportunidad fui invitado para desarrollar el tema: “La revolución bolivariana de Hugo Chávez Frías y el neonacionalismo de la V República de Venezuela.” en la tercera sesión, realizada el 22 de noviembre de 2005. Parte de ese trabajo es el que recogemos a continuación, pero repensado sobre los acontecimientos iconoclastas actuales.

En América Latina el fenómeno del nacionalismo pareciera definirse en función de un neonacionalismo de izquierda, apuntalado por el discurso de Chávez en Venezuela; Lula en Brasil; Kirchner en Argentina; Evo en Bolivia; Correa en Perú, y Ortega en Nicaragua. En el caso de Venezuela está inspirado en la fuerza arquetipal de la heroicidad bolivariana. Pero advertimos que el neonacionalismo latinoamericano no es unívoco. No es fácil dilucidar el tema, porque las lógicas en América Latina se rompen fácilmente. Pero de lo que sí estamos seguros es que no hemos dado suficientemente el debate sobre un tema tan controversial y trascendente para los venezolanos. Y debo enfatizar que no es un problema que se decide a secas con una convocatoria a referéndum, ni con un discurso polarizado, que además de vacío y anodino ha desgastado la voluntad colectiva desviando la discusión hacia pseudos problemas. Nuevamente el discurso académico está ausente. Y digo ausente, porque los pocos que participan lo hacen con una visión interesadamente polarizada y no para develar el problema de fondo.

El neonacionalismo bolivariano busca impactar el rediseño de una nueva simbólica de la Nación: la Bandera, el Escudo, y hasta una nueva versión del Himno Nacional. E incluso que debe incorporarse en el titanismo heroico venezolano nuevos iconos, v. gr. Antonio Nicolás Briceño. Pareciera ser la confrontación de dos historias: la historia de los vencedores vs. la historia de los vencidos, planteadas en forma excluyentes. Y como el que tiene el poder decide cual es la verdad, (Foucault) entonces nuevamente estaremos en presencia de una nueva historia oficial, la versión de la historia contada desde las cúpulas de la Revolución Bolivariana. Porque no es cierto que el consenso nacional es el que decide la nueva construcción simbólica de la nación. De hecho, no está fundada en ninguna racionalidad dialógica (Gadamer, mediante) el supuesto diálogo ofrecido desde las instancias del poder nacional. Simplemente, es un solipsismo en el que

el poder nacional supone la comprensión del otro mediante la autoprotección o empatía; y al mismo tiempo, sostiene la tesis de la incompreensión radical del otro. Esta es clave que no permite el diálogo en los actuales momentos entre los diferentes estamentos del poder.

En síntesis:

Entendámonos bien. No digo que no deba revisarse la historia sino el sentido y el criterio con el cual se debe hacer. La historia tradicional puede y debe revisarse. Y se deben sacar del silencio histórico a “la historia de los de abajo”, a la historia de la cotidianidad, y aquellas historias a las cuales se les aplicó una dialéctica de la negación. Pero una visión estigmatizante, descalificadora y fundamentalista es desde todo punto de vista deplorable. Se debe respetar los arquetipos y símbolos regionales, pero no a costa de la destrucción del otro. De nada sirve que se siga aplicando una nueva dialéctica de la negación. Estas prácticas nos hacen sentir lejos de un pueblo maduro que debe sentirse orgulloso por sus 200 años de historia independentista; no somos de hecho un “pueblo babanero”, de los que lograron su independencia en los años 70 del siglo pasado. Finalmente, quisiera recordar que con Mario Briceño Iragorry que “pueblo que no aspira a perpetuar sus signos a través de las generaciones futuras es pueblo sin densidad histórica o colectividad ya en decadencia.” (Briceño Iragorry, 1951:79)